

HOMILÍA EUCARISTÍA 33 ANIVERSARIO FALLECIMIENTO DEL SIERVO DE DIOS D. LUIS ZAMBRANO, FUNDADOR DEL I. S. "HOGAR DE NAZARET"

Queridos hermanos sacerdotes.

Querida María José, que como Directora General, representas a esta gran familia de la Institución Hogar de Nazaret,

Queridos hermanos y hermanas.

El Ceremonial de los obispos, nos enseña con gran tino, que la cuaresma es “el tiempo de preparación por el que se asciende al monte santo de la Pascua” (n 249). La Madre Iglesia es una estupenda Maestra que nos anima en esa “subida”. Con mimo especial selecciona preciosos textos que han de ser materia para nuestra oración y para nuestra vida.

Hoy la liturgia nos subraya la importancia de ser agradecidos y a ello nos ayuda recordar cómo el Señor se ha volcado con nosotros. Es decir, no perder la memoria: “mi padre fue un arameo errante que bajó a Egipto... el Señor nos sacó de la esclavitud con mano fuerte... y nos dio esta tierra” esa era la profesión de fe de un pueblo que no quería perder la memoria. Y nosotros, nuevo pueblo elegido de Dios, tampoco podemos olvidar que hemos pasado de las tinieblas a la luz y ¡cuántas veces el Señor ha estado grande con nosotros y lo seguirá estando!

Esto es verdad, aunque las piedras del camino nos hagan caer y el maligno gane algunas batallas en nuestra vida. De esas batallas personales y colectivas nos previene Jesús. Su experiencia personal en el monte de la cuarentena nos enseña la lucha contra el mal, como experiencia continua en cada uno de nosotros. ¡Cuántas veces, hermanos míos, esa lucha nuestra termina en derrota, en fracaso, en miseria y en pecado!. La conciencia de ser pecadores e inclinados al pecado es la llave que nos abre verdaderamente la puerta del perdón, sólo desde esa conciencia nos atreveremos a llamar a la puerta santa de la Misericordia.

Abrir esa puerta, en palabras del Papa Francisco, es para dejarse limpiar, dejarse lavar los pies por Jesús. “El cristiano es aquel que permite que Dios lo revista de su bondad y misericordia, que lo revista de Cristo, para llegar a ser como Él, siervo de Dios y de los hombres. Nos lo recuerda la liturgia del Jueves Santo con el rito del lavatorio de los pies. Pedro no quería que Jesús le lavase los pies, pero después entendió que Jesús no quería ser sólo un ejemplo de cómo debemos lavarnos los pies unos a otros. Este servicio sólo lo puede hacer quien antes se ha dejado lavar los pies por Cristo. Sólo éstos tienen “parte” con Él (*Jn 13,8*) y así pueden servir al hombre”. (Mensaje de cuaresma 2015).

Dejarse lavar los pies por Jesús es una necesidad que brota del alma, como fruto de la conciencia de la propia miseria. El convencimiento de nuestra miseria hace posible el servicio de lavar los pies, es decir, de servir a los demás.

Estoy convencido que aquí está el núcleo, la piedra maestra de la vida santa de don Luis. El estuvo siempre convencido de su pequeñez y desde joven pedía a la Virgen ser humilde como Ella, porque sentía la tentación de la soberbia. Luchaba contra ella con un arma que, después de muchos años, confesó que había sido uno de los medios que más le habían ayudado en su vida: el examen de conciencia. Tan profunda era esta convicción que lo vemos todas las noches, al terminar el servicio litúrgico en la parroquia, dirigir el examen de conciencia, al que acudían un buen número de jóvenes y mayores.

Este conocimiento personal, fruto de un sincero examen, le llevaba a recibir con mucha frecuencia el Sacramento de la Misericordia y a dedicar horas y horas cada día a servir a sus parroquianos ofreciéndoles la Misericordia que sana, purifica y llena de alegría. Como el cura de Ars, al que tanto admiraba, fue hasta el final de su vida un servidor de la Misericordia en el sacramento del Perdón.

¡Cuanto aprendió en esa cátedra de la Misericordia que es el Confesonario!. ¡Cuanta miseria pasó por sus manos de sacerdote! Esta experiencia le hizo especialmente sensible al dolor y el sufrimiento humano. Eran tiempos de crisis de penuria de hambre y a Luis Zambrano le dolía el corazón por tanta pobreza, tanta soledad y, muchas veces, tanto abandono.

Y todo esto que llevaba y le hería su corazón lo volcaba en el Sagrario. Allí, junto a Jesús Eucaristía, tomó las grandes decisiones de su vida y allí encontró las fuerzas para hacerlas realidad: allí nació el Hogar de Nazaret y allí nacieron las grandes empresas de Misericordia, que sacó adelante este Gigante Samaritano que fue el Siervo de Dios Luis Zambano.

Recordando su vida y contemplando su obra, sacamos una certera lección: **la Iglesia, ni antes ni ahora, necesita teóricos de la Misericordia**, sino hombres y mujeres que trabajen en el tajo y ahí pongan toda la misericordia de Dios, amasada con un buen hacer lleno de cariño humano. Así don Luis aprendió a servir y, así, enseñó a servir.

Don Luis, con su vida, supo unir esa dicotomía tan frecuente entre nosotros: la vida interior, la formación espiritual parece reñida con la generosa atención humana a los más desfavorecidos. Ni están separadas, ni pueden estar separadas, si quiere ser verdadera y auténtica Misericordia. El Papa Francisco lo deja meridianamente claro: “quiero expresar con dolor que la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria” (200).

No puedo terminar estas palabras sin manifestar la gratitud de esta Iglesia de Mérida-Badajoz, y especialmente de su Presbiterio, hacia don Luis y su Obra. El cariño al sacerdocio lo inculcó muy adentro de la vida espiritual del Hogar de Nazaret y los hechos lo avalan con creces. Poco tiempo llevo en esta Archidiócesis, pero son muchos los sacerdotes que me han hablado de vuestro impagable servicio en el Seminario

Diocesano. Sé también que el Presbiterio, cada vez que ha tenido ocasión, ha manifestado un cariño y un agradecimiento, que no se ha apagado en el corazón con el paso de los años.

Pido a María Santísima, la Madre del Hogar de Nazaret, que interceda para que el Señor nos regale pronto la alegría de ver a don Luis en los altares y que este bendito Hogar de Nazaret se llene de vocaciones. Amén